

A modo de editorial

No he querido dejar pasar este aniversario de la publicación “Consonancias” sin hacerme presente con una breve reflexión acerca del sentido que la misma tiene, a mi criterio, en el horizonte de nuestra universidad.

Hacia fines del año próximo pasado, en mi exposición: “La UCA ante el Cincuentenario”, afirmé, entre otras cosas, que “la Universidad es el lugar natural del encuentro entre la fe y la razón, entre la fe y la cultura, entre la fe y la vida, y hay que comprometerse a fondo para asumir la cultura y elevar lo que es asumible y elevable y para purificar por la fuerza de la fe en Cristo lo que necesite purificación...” Dije también que “nuestros alumnos deben llevarse una *“Christliche Weltanschauung”*, una cosmovisión cristiana. Ahora bien, cabe preguntarse cómo se logra esa cosmovisión cristiana. La respuesta es simple y compleja a la vez. Simple porque se trata de la “integración del saber”, del diálogo interdisciplinar y de las ciencias con la filosofía y con la fe. Compleja porque no podemos pensar que sea suficiente tener un Instituto para la Integración del Saber que, gracias a Dios y a la visión de Mons. Derisi y de los fundadores de esta Universidad, existe desde siempre. La integración del saber supone diálogo y compromiso de parte de todos, directivos y profesores, para que la filosofía y la teología se integren, efectivamente, en la transmisión de los diversos saberes, en una sana interdisciplinariedad...”

Pues bien, la publicación cuyo quinto aniversario celebramos existe para ayudar a dar vida y a poner en acto ese diálogo y ese compromiso en los que se manifiestan de manera privilegiada la identidad y la misión de nuestra universidad. De manera insistente, desde su primer número, “Consonancias” nos ha ofrecido una interpretación original de las exigencias que la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, en su N°.15, plantea para la investigación y también para la docencia (cf. N°.20) en toda universidad católica: “a) la consecución de una *integración del saber*; b) el diálogo *entre fe y razón*; c) una *preocupación ética* y d) una *perspectiva teológica*.” Toda nuestra actividad académica debería estar como impregnada por esta cuádruple exigencia, que es también un ideal al que es necesario tender dándole nuestra propia impronta, nuestro rostro de Universidad Católica Argentina. Pero para ello hay que tomarse tiempo, tiempo para pensar, para reflexionar, para dialogar, para soñar juntos.

Una interpretación original como la que viene ofreciendo “Consonancias” es una invitación a pensar de manera creativa, a la vez que en fidelidad a la rica tradición recibida de nuestros hermanos mayores en la UCA. Como nos decía S.E.R. Mons. Pittau en su Conferencia: “Fe y razón: las dos alas de la universidad” (octubre de 2000): “Hay un sentido de aventura, a menudo de riesgo y peligro al avanzar hacia lo nuevo y lo desconocido, hacia áreas de acción, reflexión y responsabilidad. Él éxodo es la llamada constante a ir más allá de nosotros mismos, a avanzar conquistando nuevas tierras, a tener el coraje de innovar, a crear una nueva senda de renovación tanto en los contenidos como en los métodos de educación. Hay riesgo, hay peligro; pero sin riesgo, sin peligro no puede haber renovación”.

A lo largo de sus veinte números, “Consonancias” y el Instituto para la Integración del Saber nos animan a recorrer esta senda renovadora. Los invito a todos a sumarnos a su llamado.

Mons. Dr. Alfredo Zecca
Rector

La renovación de la integración del saber

Fernando Ortega
Director del Instituto para la Integración del Saber

El tema central de esta reflexión es el de profundizar la cuestión de la integración del saber en la Universidad, tomando mayor conciencia de qué es lo que está en juego en esa actividad y pensando de qué manera podemos promoverla institucionalmente todos los que estamos interesados en ella. Para ello, intentaré mostrar sintéticamente el sentido del renovado enfoque de la integración del saber que el Consejo del IPIS comenzó a plantear a partir de 2001.

1. La Universidad y la Integración del Saber

Para darle al tema todo su alcance institucional, nada mejor que tomar como punto de partida lo dicho por el Rector en su exposición: “La UCA ante el Cincuentenario” (6 de diciembre de 2006).

“La Universidad es el lugar natural del encuentro entre la fe y la razón, entre la fe y la cultura, entre la fe y la vida, y hay que comprometerse a fondo para asumir la cultura y elevar lo que es asumible y elevable y para purificar por la fuerza de la fe en Cristo lo que necesite purificación.”

“Lo dicho nos introduce naturalmente al humanismo cristiano. ¿Qué es, al cabo, la Universidad? Ella debe ser el lugar donde se educa la razón –especulativa y práctica–, donde se enseña a pensar, a razonar, donde se cultiva el gusto por la verdad, el “*Gaudium de Veritate*” del que hablaba San Agustín. Un título profesional es importante y legítimo, pero no es suficiente para una Universidad Católica. Es nuestra responsabilidad la integración vital de fe y cultura en la formación, a través de la capacidad docente, de nuestra creatividad y fidelidad al Evangelio. El estudiante no puede llevarse un conjunto de ideas yuxtapuestas, confusas y conflictivas. Si me permiten usar una frase de Romano Guardini, nuestros alumnos deben llevarse una “*Christliche Weltanschauung*”, una cosmovisión cristiana. Así se llamaba, precisamente, la cátedra que Guardini tuvo en la Universidad prácticamente hasta el fin de su vida.”¹

¹ N.del A.: Podemos recordar acá las palabras pronunciadas en diciembre de 2002 por el actual Papa Benedicto XVI –entonces cardenal Joseph Ratzinger– en un encuentro con un grupo de periodistas en la Universidad Católica San Antonio de Murcia. En esa ocasión se le preguntó: “¿Qué debe hacer una Universidad católica, portadora de la verdad de Cristo, para hacer presente la misión evangelizadora del cristianismo?”. Su respuesta, que resume gran parte de lo que exponemos en estas líneas, fue la siguiente: “*Es importante que en una Universidad católica no se aprenda sólo la preparación para una cierta profesión. Una Universidad es algo más que una escuela profesional, en la que aprendo física, sociología, química.... Es muy importante una buena formación profesional, pero si fuera sólo esto no sería más que un techo de escuelas profesionales diferentes. Una Universidad tiene que tener como fundamento la construcción de una interpretación válida de la existencia humana. A la luz de este fundamento podemos ver el lugar que ocupan cada una de las ciencias, así como nuestra fe cristiana, que debe estar presente a un alto nivel intelectual. Por este motivo, en la escuela católica tiene que darse una formación fundamental en las cuestiones de la fe y sobre todo un diálogo interdisciplinar entre profesores y estudiantes para que juntos puedan comprender la misión de un intelectual católico en nuestro mundo*”.

“Ahora bien, cabe preguntarse cómo se logra esa cosmovisión cristiana. La respuesta es simple y compleja a la vez. Simple porque se trata de la “integración del saber”, del diálogo interdisciplinar y de las ciencias con la filosofía y con la fe. Compleja porque no podemos pensar que sea suficiente tener un Instituto para la Integración del Saber que, gracias a Dios y a la visión de Mons. Derisi y de los fundadores de esta Universidad, existe desde siempre. La integración del saber supone diálogo y compromiso de parte de todos, directivos y profesores, para que la filosofía y la teología se integren, efectivamente, en la transmisión de los diversos saberes, en una sana interdisciplinariedad... Pues bien, a ustedes [profesores de dedicación especial], al Instituto para la Integración del Saber, al Instituto de Cultura y Extensión Universitaria, a los Decanos y Directores de carrera los invito a este desafío fundamental: encontrar la forma de poner en acto esta realidad. Aquí tenemos una masa crítica que debe moverse con urgencia de modo de crear un núcleo sólido que, luego, pueda expandirse a todo el resto.”

De este texto subrayo algunas ideas-clave, que nos ayudarán a entrar en el corazón de nuestro tema, a saber: ¿qué está en juego en la integración del saber? Podemos responder que lo que está en juego es la *identidad* de la Universidad, es decir, la Universidad entendida como lugar donde, sobre todo a través del cultivo de la vida del pensamiento, se busca plasmar un *humanismo cristiano*, en el encuentro entre la fe y la razón, entre la fe y la cultura, entre la fe y la vida. Se nos propone una Universidad en la que se busque una integración *vital* de fe y cultura, tarea que pide creatividad y fidelidad al Evangelio. La posibilidad de engendrar *esa* Universidad pasa por el *diálogo*, tanto el interdisciplinar (que podemos llamar integración “horizontal”) como por el diálogo de las ciencias con la filosofía y con la fe (que podemos denominar integración “vertical”). Queda así planteado un *Ideal universitario*, que, como se señala, pide el compromiso de todos. Cabe entonces hacerse la pregunta: ¿Ese Ideal se nos presenta lo suficientemente *atractivo, deseable* como para suscitar ese compromiso? Aunque la expresión suene un poco extraña, el Ideal debe ser capaz de “erotizar” nuestra actividad universitaria, para lograr que pasemos cada vez más de un mero cumplimiento responsable de nuestras tareas al “despertar” de esa creatividad, de ese gusto por la vida del pensamiento, de ese “*gaudium de veritate*” y de esa pasión por el diálogo que son indispensables para encarar el desafío que se señala.

*

Un segundo texto del Rector, pronunciado en el 1º Congreso de Evangelización de la Cultura (3-5 noviembre 2006), nos ayuda a precisar nuestra temática. En el punto II de su exposición, intitulado “Los signos de nuestro tiempo”, aborda los que considera “desafíos esenciales que el actual devenir lanza a la Iglesia, con especial atención a la tarea de la universidad, pero yendo más allá de la misma.”

“1. El primer desafío es la evangelización misma o, más exactamente, la nueva evangelización”

“2. Un segundo desafío o “signo de los tiempos” es la presencia en la actual coyuntura cultural de un cierto *laicismo ideologado* que, a veces, asume la forma de un cierto *anticatolicismo*.”

“3. Como una continuación de este desafío fundamental del laicismo (...) quisiera detenerme en la relación entre ciencia y religión o ciencia y fe (...). No puedo detenerme en análisis histórico-filosóficos pero es indudable que esta coincidencia de la racionalidad

con la ciencia, y este “hiato” entre ciencia, moral y religión lleva el sello de la modernidad y más exactamente del iluminismo. Sin desconocer –claro está– el fundamental aporte que el iluminismo ha hecho: el valor indiscutible del derecho a la libertad individual y a expresarse sin imposiciones del que deriva el derecho al respeto de la persona humana (...) hay que decir, sin embargo, que cuando a esta conquista fundamental se le ha unido la libertad de la ciencia, la autonomía de la técnica y otras libertades, han nacido problemas nada fáciles de resolver. Pensemos tan sólo en los grandes desafíos de la bioética. Cuando se examinan las cosas a fondo se ve claramente que la separación de las esferas científica, jurídica, moral y religiosa no garantiza el equilibrio sino más bien lo contrario. Estoy convencido de que este desafío toca el núcleo más profundo de la misión de una universidad católica. Se trata nada menos que de la proposición de la verdad en su integridad, de la integración del saber (...) el de la integralidad de la verdad.”

Si el texto anterior se focalizaba en la idea de la identidad de la Universidad, ahora se afirma que la integración del saber “toca el núcleo más profundo de la misión de una universidad católica”, contextualizando concretamente esta misión en las coordenadas de la actual situación cultural, en la cual uno de los “signos de los tiempos” es la exagerada separación de los ámbitos propios de la razón (reducida a razón científica) y de la fe (dimensión moral y religiosa de la vida), separación que termina fragmentando la proposición de la integralidad de la verdad. Lo que dijimos antes acerca de la necesaria fuerza de atracción del Ideal universitario se percibe aquí como más necesario aún, ya que se trata de hacer frente a lo arduo –es decir, grande y difícil a la vez– que implica “conquistar la grandeza de un saber que sea hoy digno del hombre”, “terreno en donde debe ir emergiendo un proyecto intelectual que, elaborado a partir de la propia disciplina científica, se abra a la complejidad de la íntegra figura humana actual y que, en ese sentido, puede ser llamado proyecto cultural”.²

*

Por último, cerrando este primer punto referido a la relación entre la Universidad y la Integración del Saber, y siguiendo siempre el pensamiento del Rector, parece apropiado evocar lo vivido en San Miguel el año pasado, tal como dice al respecto el Rector en el discurso del 6 de diciembre:

“Como un hecho sumamente positivo y auspicioso evalué el encuentro de directivos que hemos tenido en San Miguel organizado por el Instituto para la Integración del Saber. Allí hemos comenzado, ante todo, a conocernos y no sólo con los Decanos del Interior sino aún con los Decanos de Buenos Aires. No es mucho el tiempo que dedicamos a encontrarnos, y espacios como éste, que facilitan el diálogo, son indispensables y debemos encontrarlos para proseguir esa experiencia tan rica desde el punto de vista humano e intelectual. Un espacio así debe ser no sólo conservado sino ampliado a través de la participación de otras personas, porque es indispensable que quienes tenemos muchas horas de presencia en esta Universidad y un conocimiento de la misma que lo dan los años podamos analizar y esclarecer ciertos temas que hacen a la orientación fundamental de la Universidad. De lo contrario se crean grupos separados, cada uno de los cuales gira en torno a sí mismo y se impide la indispensable unidad en la acción.”

En esta línea de pensamiento encuentra su lugar adecuado una idea que planteó hace unos años el Dr. Papanicolau, entonces vicedirector del IPIS: “Si la universidad católica está

² BRIANCESCO EDUARDO, *La esperanza como proyecto cultural*, en *Consonancias* N°9, septiembre 2004, 27.

llamada a investigar y dar respuesta a los problemas principales de la sociedad en la que le toca vivir, ¿por qué no pensar que el sentido y misión de nuestra universidad es uno de dichos problemas? El problema de que la misma sea fiel a su identidad y misión, en el complejo contexto local e internacional que le toca vivir, aparece como el primer problema a resolver. Dicho de otro modo, el tema interdisciplinar por excelencia que debe ser *objeto* de nuestra integración del saber no es otro que la UCA misma.”

“Todos los saberes están llamados a pensar la universidad. Sin embargo, estas miradas multidisciplinares serían meras yuxtaposiciones infértiles si no estuvieran relacionadas entre sí por aquello que, como hemos señalado en diversas oportunidades, es esencial para que se dé en acto la interdisciplinariedad que nos conduce a la integración: el *diálogo*. Las condiciones para el desarrollo del mismo no pasan solamente por las cuestiones *epistemológicas* –que no pueden ser ignoradas ya que plantean, de hecho, dificultades concretas– sino, y principalmente, por las cuestiones *actitudinales*: la interdisciplinariedad, en cuanto diálogo, es ante todo, una actividad *intersubjetiva*: no son las disciplinas las que dialogan entre sí, sino los especialistas, los profesionales de cada una de las ramas del saber. El principal desafío para el diálogo es, por ello, no tanto epistemológico cuanto *cultural*: cada sujeto encarna, de alguna manera, una serie de creencias, presupuestos y prejuicios que le advienen de una larga, metódica y continua especialización que va configurando la “cultura” propia de cada disciplina o área del saber. No se trata de pensar si “la filosofía” o “la teología” pueden dialogar con la economía o la sociología, sino de constatar si, de hecho, “este(a)” filósofo(a), o “este(a)” teólogo(a), puede dialogar con “este(a)” economista o “este(a)” sociólogo(a).”

Resumiendo lo dicho hasta acá, podemos afirmar que tanto la identidad como la misión de la Universidad exigen el ejercicio de un diálogo interdisciplinar a nivel institucional, cuyo objeto central –la cuestión del hombre, tal como veremos a continuación– incluye a la Universidad misma. Ahora bien, un diálogo concebido de este modo, para ser viable, parece exigir un diálogo anterior, el que cada uno de nosotros puede establecer dentro de sí mismo. De ese diálogo previo depende la posibilidad de “poner en acto” la integración del saber, como lo solicita el Rector. Lo cual nos lleva al segundo punto.

*

2. Nuestro enfoque: una integración del saber enraizada en la experiencia personal y centrada en la cuestión del hombre

1. Con este título evocamos sintéticamente la totalidad de la tarea que hemos llevado adelante en el IPIS desde marzo de 2001 hasta la fecha. Enraizándonos en la matriz del pensamiento de los fundadores, que planteaba una articulación armónica y jerárquica “del saber científico y técnico y de la Filosofía y de la Teología”, el nuevo Consejo del Instituto buscó renovar creativamente la rica tradición recibida. Esta misma tradición insistía en algunos aspectos del tema que aún no se habían desarrollado plenamente, tales como la relación entre la integración del saber con la centralidad de la cuestión del *hombre* (lo humano, lo humanista) y con la *vida*.³ A partir de estas temáticas se comenzó a gestar un enfoque de la integración del

³ Cf. Octavio DERISI, *La Universidad Católica en el recuerdo: a los veinticinco años de su fundación*, Ed.UCA 1983, 177-179, 184-185.

saber arraigado en la *experiencia* personal, centrado en la cuestión del *hombre* y desarrollado en un continuo ejercicio de *diálogo*. Es lo que quiere significar el título de este apartado.

La primera parte del mismo se refiere ante todo a una carta escrita en el año 2001 y que, al iniciar nuestra actividad como nuevo Consejo del IPIS, enviamos a los diversos claustros. Iniciábamos con ella una novedad dentro del planteamiento de la integración del saber. En dicha carta invitábamos a realizar una reflexión personal sobre el tema de la integración en los siguientes términos, formulados por el Dr. Corona: “No se trata de exponer la elaboración de una epistemología, sino de explicitar el modo en que, en la vida concreta, por lo general de manera no clara, implícita, coordinamos –o no– el propio acceso profesional específico a la realidad (con sus conceptos e imágenes propios), con algunas cosas “últimas” que expresamos con términos como “el hombre”, “lo humano”, “la vida”, “el sentido de la vida”, “ el fin del hombre”, “ la trascendencia” ... “lo religioso”, “Dios”... “Cristo”, “la vida cristiana”... Algunas insinuaciones a manera de aproximaciones ilustrativas, podrían aun formularse como sigue. Cuando contemplamos una obra de arte, cuando leemos un poema, cuando leemos un texto religioso, cuando oramos... ¿dónde queda lo “científico” de la actividad profesional?, ¿está de algún modo allí, o simplemente ha quedado atrás?”

“Y al volver al quehacer profesional, ¿dónde “ha quedado” lo artístico, lo poético, lo religioso, la oración...? Quizás se pueda avanzar aún en estas “insinuaciones”, por ejemplo: ¿qué imágenes-conceptos acompañan nuestras experiencias estéticas, religiosas...? ¿son representaciones científicas?, ¿son representaciones científicas “transfiguradas”?, y si así lo fueran, ¿en qué sentido hay allí “transfiguración”?, ¿se trata de una “sutilización” de la “dureza” de la representación científica? ¿O hay en nuestras experiencias estéticas, religiosas... otras representaciones? Si es así, ¿de qué tipo son ellas?, ¿se coordinan con las representaciones científicas? Y si hay tal coordinación, ¿cómo es ella? ¿Y cómo se inmiscuye en todo esto lo afectivo? ¿Y cuáles afectos? Probablemente se podrá advertir que estas “insinuaciones” intentan provocar el análisis del acontecer concreto “interior” del paso de la vivencia científico-profesional de la realidad a otras vivencias de lo real. Se trata de sorprender los “entre”, los tránsitos mismos que acontecen en el todo de nuestra experiencia de las cosas.”

Estas preguntas reflejan adecuadamente el nuevo punto de partida que quisimos adoptar para renovar el ejercicio de la integración del saber. Proponíamos un “cambio de eje” del tema, al enfocarlo no sólo como problema epistemológico sino ante todo como una cuestión existencial, indispensable para *arraigar la dimensión intelectual de la integración en una experiencia* en la que se entrecruza un doble movimiento, una “ida y vuelta” entre lo profesional y lo vivido en otros ámbitos (religioso, estético, afectivo).

2. Avancemos hacia la segunda parte del título. Paralelamente a esta manera de plantear la integración del saber e inseparablemente de ella, fuimos profundizando la idea de que la evangelización de la cultura, misión central de la Universidad, debía plantearse en forma de diálogo con la cultura actual en términos de *experiencia* de la fe (*fides qua*) antes que en términos de *contenidos* de la fe (*fides quae*). Es decir, pensando que la UCA debía, ante todo, vivir ella misma –y así poder mostrar en su diálogo evangelizador– lo que significa que la “fe confiere a la cultura una capacidad nueva de humanización”.⁴ En esta toma de conciencia colaboró mucho uno de los consejeros del IPIS, Mons. Eduardo Briancesco, que en un

⁴ Cf. “*La Universidad por un nuevo humanismo*”, documento vaticano preparatorio del Jubileo, p.11.

artículo reciente afirmaba: “Si la Nueva Evangelización pasa por un diálogo entre la fe y la cultura”, dicho diálogo debería concebirse como “acompañamiento espiritual de los hombres que hay que evangelizar, encontrándolos en su lugar particular y su tiempo propio, para ir haciéndolos descubrir libremente, en lo que ya hacen y obran, la presencia secreta pero real del Misterio cristiano de salvación... Pero para que ese diálogo resulte posible y fecundo es necesario entrar decididamente en el mundo de la cultura... Habiéndose esforzado, de antemano y personalmente, por practicar uno mismo ese diálogo entre fe y cultura a manera de antesala o precedente del diálogo consiguiente con ‘el otro’, que debe enriquecer y llevar a su plenitud la propia experiencia de la fe. Es decir, siendo evangelizados en el mismo momento en que evangelizamos”.⁵

Con estas ideas invitábamos a todo el claustro de docentes a sumarse a nuestra propuesta y a enriquecerla con sus aportes. Nuestra experiencia de diálogo con profesores de todas las unidades académicas, desarrollado semanalmente a lo largo de los años 2003, 2004 y 2005 nos ha mostrado que la integración del saber no está plenamente asumida en su nivel institucional.⁶ Este diagnóstico coincide con el del Rector en cuanto a la percepción de una Universidad fragmentada, con unidades académicas que interactúan y dialogan poco entre sí. Esta carencia, a nuestro entender, se vincula con la relativa ausencia de una cuestión central, transversal a todas las disciplinas que se enseñan en la Universidad, y que es *la cuestión del hombre*. Cuando hablamos de ausencia de esta cuestión lo hacemos pensando en ella como el gran tema de un diálogo habitual, sistemático y académico, como el corazón de ese Ideal de Universidad al que me refería anteriormente. Si desde las diversas disciplinas lográsemos hacer emerger las *cuestiones humanas actuales* se producirían dos consecuencias fundamentales para nuestro tema: primero, la filosofía y la teología encontrarían en nuestras unidades académicas el sustrato vital que necesitan para presentarse significativamente a los alumnos y, en segundo lugar, se abriría la puerta para el hábito de la interdisciplinariedad, ya que ésta aparece con naturalidad cuando se hacen presentes los problemas humanos verdaderos y graves de la sociedad actual, problemas que, cuando son abordados en profundidad –y de eso se trata en la Universidad– exceden la posibilidad de ser resueltos por una sola disciplina.

Como decimos en uno de los números de *Consonancias*, esta tarea se puede llevar a cabo en la práctica, intentando, por ejemplo, discernir los *temas o cuestiones* que las diversas *disciplinas* pueden plantear como más aptos para ser asumidos desde una perspectiva *interdisciplinar*, en la que puedan prestar su colaboración la filosofía y la teología. ¿Cuáles son esas *cuestiones humanas fundamentales que, surgidas en una disciplina determinada, exceden a dicha disciplina?* Concientes de que “no hay, en efecto, más que una cultura: la humana, la del hombre y para el hombre” (*ECE* n.3), el desafío consiste en hacer surgir *desde las disciplinas* esos temas o cuestiones –que, en definitiva, se resumen en la cuestión del *hombre*– que yacen, de manera explícita o implícita, en el corazón de los docentes y de las

⁵ BRIANCESCO EDUARDO, “¿Qué teología Moral para el siglo XXI?”, San Pablo 1999, 182.

⁶ En el IPIS hemos considerado que la integración del saber abarca tres dimensiones inseparables. a) La dimensión *personal* se refiere a la integración que realiza individualmente cada profesor a través de su experiencia y su reflexión, tanto en el ámbito de la investigación como en el de la enseñanza de su disciplina; b) La dimensión *institucional* indica que la organización misma de la universidad y de las facultades genera un espacio interdisciplinar y, por ende, la posibilidad de un diálogo; c) La dimensión *socio-cultural* señala el horizonte del país y del mundo concreto en el cual la Universidad desarrolla su tarea de investigación y de enseñanza. Esta dimensión incluye una mirada sobre la historia, en orden a comprender mejor con qué cultura estamos dialogando hoy. Es importante discernir los elementos de mayor peso en la configuración cultural actual.

disciplinas que se enseñan en la universidad. Desde allí podremos plantearnos la dimensión interdisciplinar de la enseñanza, donde la filosofía y la teología encontrarán un campo fecundo de reflexión y podrán colaborar apoyando la búsqueda, el encuentro y la comunicación de la verdad. Esta idea coincide plenamente, a nuestro juicio, con lo planteado por Benedicto XVI en la Universidad de Pavía: “sólo poniendo en el centro a la *persona* y valorando el *diálogo* y las *relaciones interpersonales* se puede *superar la fragmentación de las disciplinas* derivada de la especialización y *recuperar la perspectiva unitaria del saber*. Las disciplinas tienden naturalmente, y con razón, a la especialización, mientras que la persona necesita unidad y síntesis.”⁷

*

3. ¿Qué está en juego en la integración del saber?

Volvamos a nuestra pregunta inicial, y a los planteos acerca de la integración del saber que nos ofrecieron los textos del Rector. Ahora, teniendo en cuenta la manera en que entendemos la integración del saber, podemos comenzar a responder a esa pregunta diciendo lo siguiente:

La integración del saber no es un fin en sí misma: en ella se pone en juego la capacidad creadora de un “nuevo humanismo” desde la universidad (cf. Jubileo de los Universitarios, Roma 2000). Es decir que es ante todo en la misma universidad donde la integración del saber debe desplegar su capacidad para generar una cultura de la vida, capaz de trascender los temibles reduccionismos de lo humano que se anuncian, amenazantes, en el comienzo del tercer milenio: reducción del hombre a la máquina, reducción del hombre al animal, reducción del hombre a sus órganos, reducción del hombre a la cosa.⁸ Establecer una posible vinculación entre la pérdida del “principio de humanidad”, por una parte, y “la creciente especialización (y fragmentación) del conocimiento en el seno de cada disciplina académica” (ECE n.16), por otra, no es algo arbitrario: en la medida en que la especialización disciplinar se transforma en fragmentación del saber, dicha fragmentación no afecta solamente la vida intelectual. Es la *cultura en cuanto tal* la que va adquiriendo la impronta de lo fragmentario y unidimensional, generando una visión y una vivencia reductivas de lo humano que, a través de pasos progresivos, nos puede arrastrar hacia la deshumanización y la barbarie. Con esta cultura hay que entrar en diálogo a partir de una experiencia –universitaria– de lo humano y de lo “humano más que humano” que busca suscitar el Evangelio.

¿Cómo hacerlo? Inspirándonos, quizás, en aquellos que han hecho del “*gaudium de veritate*” el objeto de su deseo más profundo. Cito una vez más a Benedicto XVI: “San Agustín estaba impulsado por el *deseo* incansable de encontrar la *verdad*, de descubrir qué es la *vida*, de saber cómo vivir, de conocer al *hombre*. Y, precisamente *a causa de su pasión por el hombre*, buscaba necesariamente a *Dios*, porque *sólo a la luz de Dios puede manifestarse también plenamente la grandeza del hombre, la belleza de la aventura de ser hombre*. Al inicio, este Dios le parecía muy lejano. Luego lo encontró. Ese Dios grande, inaccesible, se hizo cercano, uno de nosotros. El gran Dios es nuestro Dios, es un Dios con rostro humano. Así, la fe en Cristo no puso fin a su filosofía, a su audacia intelectual; al contrario, lo estimuló aún más a buscar la profundidad del ser humano y a ayudar a los demás a vivir bien, a encontrar la vida, el arte de vivir.”⁹

⁷ BENDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura en la Universidad de Pavía*, 22 de abril 2007.

⁸ Cf. Jean-Claude GILLEBAUD, *Le Principe d'humanité*, Seuil, Paris, 2002.

⁹ BENDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura en la Universidad de Pavía...*

La integración del saber y la interdisciplinariedad resultan entonces cuestiones de vital importancia. Por consiguiente, el tema, así enfocado, ubica a la universidad católica en el epicentro del problema, ya que en ella se verifica “el diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo” que es “el sector vital, en el que se juega el destino de la Iglesia y del mundo” (ECE n.3). Juan Pablo II lo decía de este modo: “Es absolutamente importante que cada disciplina enriquezca, nutra y desafíe a la otra para ser más plenamente lo que debe ser y contribuya a nuestra visión de quiénes somos y de lo que llegaremos a ser. ¿Estamos preparados para este esfuerzo crucial? Debemos preguntarnos si tanto la ciencia como la religión contribuirán a la integración de la cultura humana, o mas bien a su fragmentación”.¹⁰ Termino esta exposición con las siguientes ideas de Briancesco, que me parecen apuntar con mayor profundidad aún a “lo que está en juego” en la integración del saber: “el amor a la verdad, a través de la educación universitaria cristiana y católica, debe enlazarse no sólo con el Bien Común de una sociedad y del mundo, sino también y de manera particular con la Buena Nueva del Evangelio. Si las significaciones del ser deben abrirse al sentido que las atraviesa y las desborda, si la cultura social se ordena a la percepción y a la encarnación de valores comunes, también la Buena Nueva debe hacerse creíble, es decir, relevante y legítima, permitiendo percibir el renacimiento de un “hombre nuevo”, según la figura de Cristo, a través de lo que transmiten las instituciones. Se impone entonces la pregunta: ¿qué condiciones deben ser tenidas hoy en cuenta para que una universidad católica sea la institución que logre esa transmisión de un único y triple sentido sintetizado en la *Buena Nueva*, en el *Bien Común* y en los hombres-universitarios de *Buena Voluntad*?”¹¹

¹⁰ Juan Pablo II, Carta dirigida al P. Coyne, director de la *Specola Vaticana* con ocasión del tercer centenario de la publicación del libro *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* de Isaac Newton, el 1 de junio de 1988; cf. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 12-II-89, pp. 19-21 (127-129).

¹¹ BRIANCESCO EDUARDO, *Evangelización de la inteligencia y articulación del saber*, en *Consonancias* N°6, diciembre 2003, 26.

INTEGRACIÓN DEL SABER Y HUMANISMO EN LA FORMACIÓN DE LOS INGENIEROS

Jorge Papanicolau¹²

Introducción

La Universidad Católica Argentina les propone a los jóvenes que eligen estudiar en ella una formación *integral, humanista y cristiana*. No es ocioso preguntarse, por lo tanto, qué significa concretamente esta propuesta en cada una de las unidades académicas y, en nuestro caso, en una Facultad de Ingeniería. Algunos interrogantes básicos sirven de guía para nuestra reflexión: ¿Qué tipo de ingeniero queremos que egrese de nuestra universidad? ¿Se puede congeniar una educación eminentemente técnica con una humanista? ¿Es el mercado laboral, o un ideal personal y profesional, lo que termina prevaleciendo en la configuración del perfil de cada egresado? ¿Quiénes y cómo pueden llevar a la práctica la formación de un ingeniero humanista? La *integración del saber*, en este contexto, es una de las claves para entender qué está en juego para todos quienes tenemos la misión de formar ingenieros en nuestra universidad.

1. El desafío actual

Desde hace varias décadas, en la mayoría de los países la Universidad encuentra grandes dificultades en su esfuerzo por llevar a cabo una continua renovación exigida por la evolución de la sociedad, el desarrollo de sectores nuevos de conocimientos y las presiones de economías en crisis. La sociedad reclama, ante todo, una Universidad que responda a sus necesidades específicas, preparando a los jóvenes en las profesiones más requeridas. En el caso de la ingeniería, el mundo de la industria se hace presente notablemente en la vida universitaria, con exigencias específicas de prestaciones técnicas, rápidas y seguras. Esta «*profesionalización*», cuyos efectos positivos son innegables, no siempre encuadra dentro de una formación «*universitaria*» orientada al cultivo de valores, a la deontología profesional y a la apertura hacia otras disciplinas como complemento de la necesaria especialización. Frente a esta «*profesionalización*» de algunos institutos de educación superior, se puede correr el riesgo de ofrecer una formación genérica en la propia disciplina, sin preocuparse de las eventuales salidas profesionales para sus estudiantes.

La Universidad, entonces, que por vocación está llamada a representar un papel protagónico en el desarrollo de la cultura, se ve expuesta a dos riesgos antagónicos: o someterse pasivamente a las influencias culturales dominantes, o quedar marginada respecto a ellas. Le es difícil afrontar esas situaciones, porque a menudo deja de ser una «*comunidad de estudiantes y de profesores en búsqueda de la verdad*», para transformarse en un mero instrumento, ya sea del Estado o de las fuerzas económicas dominantes, con el propósito exclusivo de asegurar la preparación técnica y profesional de especialistas y sin prestar a la formación educativa de la persona el lugar central que le corresponde. Por otra parte, muchos estudiantes asisten a la Universidad sin encontrar en ella una formación capaz de ayudarlos en el necesario discernimiento acerca del sentido de la vida, los fundamentos y la consecución de los valores y de los ideales, con todo lo que ello implica.

¹² Ponencia pronunciada en la Jornada organizada por la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas e Ingeniería, septiembre 2006.

Finalmente, se puede constatar que la época actual se caracteriza por una gran diversificación de los saberes. La especialización excesiva produjo el efecto de que las diferentes disciplinas delimitaran campos de investigación cada vez más estrechos, creando sub-disciplinas que, a su vez, se especializan y sub-dividen sucesivamente. Se llega así a una situación en la que se observa a investigadores, docentes y estudiantes encerrados en su propio sector de conocimientos, limitados a una consideración fragmentaria de la realidad.

Esto no es nuevo. Ya en 1930, Ortega y Gasset lo exponía magistralmente en su conferencia *Misión de la Universidad*:¹³

“El carácter catastrófico de la situación presente europea se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio, son *incultos*, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el *nuevo bárbaro*, *retrasado con respecto a su época*, *arcaico* y *primitivo* en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también –el ingeniero, el médico, el abogado, el científico.”¹⁴

El filósofo español, además, no dudaba a la hora de señalar de quién era la responsabilidad principal de dicho cuadro de situación: “De esa cosa barbarie inesperada, de ese esencial y trágico anacronismo tienen la culpa sobre todo las pretenciosas Universidades del siglo XIX, las de todos los países” (p. 74). Por ello, precisaba su postura respecto al rol que debía cumplir dicha institución de educación superior:

“La sociedad necesita buenos profesionales –jueces, médicos, ingenieros-, y por eso está ahí la Universidad con su enseñanza profesional. Pero necesita, antes que eso y más que eso, asegurar la capacidad en otro género de profesión: la de mandar. En toda sociedad manda alguien –grupo o clase, pocos o muchos-. Y por mandar no entiendo tanto el ejercicio jurídico de una autoridad como la presión e influjo difusos sobre el cuerpo social. Hoy mandan en las sociedades europeas las clases burguesas, la mayoría de cuyos individuos es profesional. Importa, pues, mucho a aquéllas que estos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la altura de los tiempos. Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Ésa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad.”¹⁵

Podemos concluir esta primera parte de nuestra reflexión afirmando que la Universidad, más allá de los cambios y tensiones que se puedan percibir en ella, sigue siendo por vocación, junto a las demás instituciones de enseñanza superior, un lugar privilegiado para la elaboración del saber y de la formación, y juega un papel fundamental en la preparación de los cuadros dirigentes de la sociedad del siglo XXI. El desafío, por tanto, es el de ser fiel a su identidad y misión en este contexto actual de profesionalización y especialización, pero sin repetir fórmulas que hoy pueden resultar anacrónicas. Para ello se hace necesario, justamente, tener presente en qué consisten dicha identidad y misión. En el caso de las universidades católicas, no hay que hacer otra cosa más que dirigirse a la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (ECE), escrita por Juan Pablo II en 1990.

¹³ Publicada años más tarde en su obra *El Libro de las Misiones*, Espasa Calpe, 7^{ma} ed., Madrid, 1959.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 73-74.

¹⁵ *Ibid.*, p. 75.

2. Identidad de la Universidad Católica: naturaleza, objetivos y características.

En el primer punto del capítulo dedicado a la identidad de la Universidad católica dicho documento ofrece una definición de la naturaleza de la misma. Si nos preguntamos “¿qué es una universidad católica?” la respuesta es “una comunidad académica”; a la pregunta “¿qué hace?” el documento responde que “de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural”; ¿cómo lo hace? “Mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales” (ECE 12).¹⁶ Aparecen así formalmente los tres medios de los que se sirve la Universidad católica para alcanzar su fin: la *investigación* (que implica creatividad del saber, búsqueda y descubrimiento de la verdad), la *educación* (en cuanto irradiación del saber, comunicación de la verdad), y el *servicio* (el saber no por el saber mismo sino para el bien de la sociedad).

El objetivo de una Universidad católica, por otra parte, es el de “garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura” (ECE 13). La investigación, la educación y el servicio a la sociedad son comunes a todas, se pueden resumir diciendo que a todas sus tareas la Universidad Católica le aporta “la inspiración y la luz del mensaje cristiano” (ECE 14). Dicho de otro modo, “siendo al mismo tiempo universidad y católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital” (*ibid.*).

2.1. La investigación en la Universidad Católica: sus notas propias.

Ex Corde Ecclesiae continúa describiendo las notas que caracterizan a la investigación: “la Universidad Católica es, por consiguiente, el lugar donde los estudiosos *examinan a fondo la realidad* con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano. Cada disciplina se estudia de manera sistemática, estableciendo después un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente” (ECE 15). Se señalan dos momentos en esta tarea: el primero, que podríamos llamar *disciplinar*, en el cual cada disciplina se desarrolla por separado y a fondo, de acuerdo a los métodos propios, y uno subsiguiente, que implica un *diálogo* entre las disciplinas, con una finalidad concreta que es el enriquecimiento mutuo.

Estos dos momentos, que hemos llamado “disciplinar” e “interdisciplinar”, sin embargo, no son exclusivos de una universidad católica. Lo que caracteriza y distingue a ésta en este ámbito es explicitado al final del punto 15 donde, luego de reafirmar la confianza que tiene la Iglesia en el valor intrínseco de la ciencia y de la investigación, se establece que “en una Universidad Católica la investigación abarca *necesariamente*: a) la consecución de una *integración del saber*; b) el diálogo *entre fe y razón*; c) una *preocupación ética* y d) una *perspectiva teológica*” (*ibid.*). En los puntos siguientes explica el sentido de cada uno de estas notas.

De la *integración del saber* dice que “es un proceso que siempre se puede perfeccionar”. Es una tarea cada vez más difícil debido al incremento del saber en nuestro tiempo, a lo que se

¹⁶ El documento toma la definición de *Carta Magna de las Universidades Europeas*, Bolonia, Italia, 18-IX-1988, «Principios fundamentales».

añade la creciente especialización del conocimiento en el seno de cada disciplina académica. Sin embargo esta tarea es ineludible, especialmente para una Universidad Católica, que “debe ser "unidad viva" de organismos, dedicados a la investigación de la verdad [...] Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano” (ECE 16).¹⁷ En esta integración juegan un rol preponderante la filosofía y la teología, en cuanto que guiados por las aportaciones específicas de éstas, “los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia” (*ibidem*). No es mucho más lo que se afirma de esta integración del saber, aunque se la relaciona con el diálogo entre fe y razón que es desarrollado en el punto 17.

En dicho punto se establece que al promover dicha integración “la Universidad Católica debe comprometerse, más específicamente, en el *diálogo entre fe y razón*, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad. Aunque conservando cada disciplina académica su propia identidad y sus propios métodos, este diálogo pone en evidencia que la «investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios” (ECE 17).

La tercera exigencia pone de relieve lo que ya se había descrito en la Introducción, a saber, la necesidad de poner el saber al servicio del hombre, de la persona humana. Por esta razón, “en una Universidad Católica la investigación se debe realizar siempre preocupándose de las *implicaciones éticas y morales*, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos” (ECE 18). Esta preocupación debe tener en cuenta tres principios orientadores: 1) la prioridad de lo ético sobre lo técnico, 2) la primacía de la persona humana sobre las cosas, y 3) la superioridad del espíritu sobre la materia. El documento parece adherir al nuevo *slogan* “ciencia con conciencia”, tan en boga hoy en día, al sostener que “solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia”. Las implicancias éticas, por otra parte, no pueden obviar la referencia a la relación del hombre con Dios: “Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre” (*ibidem*).

2.2. La enseñanza

La reflexión en torno a la investigación culmina con la descripción de la íntima relación de ésta con la enseñanza. Aparece en este punto, y por única vez en todo el documento, el concepto de *interdisciplinariedad*, requisito que es asociado no tanto a la investigación como a la enseñanza: “mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la *interdisciplinariedad*, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual” (ECE 20).

¹⁷ El documento cita aquí a JUAN PABLO II, “Alocución al Congreso Internacional sobre las Universidades Católicas”, 25-IV-1989, n. 4: AAS 81 (1989), p. 1219. Cf. también *Gaudium et spes*, n. 61: AAS 58 (1966), pp. 1081-1082.

Es en el contexto de las exigencias de la enseñanza en la Universidad católica donde aparece una afirmación que será más tarde el núcleo de la encíclica *Fides et Ratio*: “En la comunicación del saber se hace resaltar cómo la razón en sus reflexiones abre a cuestiones siempre más vastas y cómo la respuesta completa a las mismas proviene de lo alto a través de la fe” (ECE 20). Además, el Papa recuerda que “las implicaciones morales, presentes en toda disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina” (*ibidem*). Esta tercera exigencia, que era caracterizada por una preocupación ética, debe conducir a que “todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona” (*ibidem*).

En última instancia, la enseñanza debe proporcionar una visión coherente del mundo, que se nutra de los frutos de la investigación específica de cada disciplina y se enriquezca con la articulación de saberes: “*Los docentes universitarios* esfuércense por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo” (ECE 22).

2.3. Misión de servicio de la Universidad Católica

Si el documento antes se refirió a la investigación en el contexto de la *naturaleza y objetivos* que hacen a la *identidad* de la Universidad Católica, en el punto 30 se refiere a la *misión* fundamental de Universidad, que no es otra que “la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad. La Universidad Católica participa en esta misión aportando sus características específicas y su finalidad” (ECE 30). La misión de servicio se da en cuatro ámbitos: 1) Servicio a la Iglesia y a la Sociedad, 2) Pastoral universitaria, 3) Diálogo cultural y 4) Evangelización.

El servicio al bien de la sociedad es descripto en los puntos 31-37. La importancia de la investigación en esta tarea es puesta de manifiesto: “gracias a los resultados de las investigaciones científicas que pone a disposición, la Universidad Católica podrá ayudar a la Iglesia a dar respuesta a los problemas y exigencias de cada época” (ECE 31). Esto marca de alguna manera qué temáticas se deben priorizar en la investigación, y por ello, “en una Universidad Católica, las actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los *graves problemas contemporáneos*, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional” (ECE 32). De aquí surgen exigencias específicas ya que la investigación “se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas” (*ibidem*). La actividad de investigación, lejos de convertirse en una *fuga mundi*, implica un profundo compromiso con la sociedad en la que está inmersa, incluso “si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad” (*ibidem*).

Es en este contexto de servicio a la sociedad que se adivina una correspondencia entre *investigación e interdisciplinariedad*, aunque ésta no es mencionada. Como los problemas que atañen a la sociedad y a la vida humana son complejos, “la Universidad Católica deberá

insistir en la *cooperación* entre las diversas disciplinas académicas, las cuales ofrecen ya su propia contribución específica a la búsqueda de soluciones” (ECE 35). Incluso, y teniendo en cuenta la limitación de recursos económicos, sugiere que “es esencial la cooperación en proyectos comunes de investigación programados entre Universidades Católicas, y también con otras Instituciones tanto privadas como estatales” (*Ibidem*).

No se puede perder nunca de vista, por lo tanto, que la Universidad Católica, para cumplir su función ante la Iglesia y ante la sociedad, tiene la tarea de estudiar los graves problemas contemporáneos y de elaborar proyectos de solución que concreten los valores religiosos y éticos propios de una visión cristiana del hombre.¹⁸

3. La integración del saber

Llegados a este punto se trata de ver en qué consiste dicha integración, en su aplicación concreta, no solamente desde el punto de vista de la jerarquía de saberes que ya conocemos, de la clásica subordinación de las ciencias a la filosofía y a la teología. Fundamentalmente, se procura abordar el tema desde la perspectiva de lo que acontece en cada profesor cuando piensa en la integración, indagando sobre cómo se da eso en la síntesis previa que cada uno hace frente a los alumnos y consigo mismo, y buscando comprender también qué tipo de síntesis está haciendo el alumno al recibir nuestras clases. Nos referimos a esta síntesis entre filosofía, teología y ciencia, pero también a otro tipo de síntesis o integración, más abarcadora.

Se pueden distinguir dos planos o momentos de integración. Uno sería el que llamaremos “integración horizontal”, que tiene que ver con la interdisciplinariedad, es decir, con la relación entre nuestra disciplina y las otras disciplinas con las que espontáneamente dialoga a partir de una temática u objeto de estudio común. Así, por ejemplo, en la Economía uno se va dando cuenta de que aparecen temas políticos, sociológicos, temas de ciencias exactas tales como el análisis matemático, la estadística y, naturalmente, se va creando un campo en común, por la propia fluidez del estudio. Esa sería, por lo tanto, una de las líneas de la integración, disparada de algún modo por los problemas que la realidad le suscita a las disciplinas. La mayoría de nosotros se da cuenta en su quehacer cotidiano de que los problemas tienen que ser encarados interdisciplinariamente, que un solo enfoque no es suficiente, que tenemos que juntarnos en grupos de personas que pensamos desde perspectivas disciplinarias diferentes para resolver un mismo problema. Se puede apreciar que la integración horizontal aparece como una consecuencia exigida por el objeto de estudio abordado.

El otro tipo de integración que aparece es el que podemos denominar como “integración vertical”: no en el sentido de que venga dada desde arriba, sino asociada más bien al concepto de profundidad, es decir que la integración se da en la profundidad del conocimiento, en la introspección, en el querer pensarse a fondo a uno mismo en relación con los demás, con la naturaleza y con Dios. Es aquí donde aparecen naturalmente los temas de la ética, de la filosofía y de la teología. Estos son, en el fondo, los temas más profundos que aparecen en cualquier disciplina, pero que muchas veces no son abordados por distintas razones que habrá que analizar. Son los problemas que aparecen al ir recorriendo este camino de profundidad –

¹⁸ Cf. *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, Consejo Pontificio para la Cultura, 22/5/1994.

este camino de la integración vertical— los que impulsan la tarea de integrar nuestra disciplina con la teología y la filosofía. Pero también, y sobre todo, con los aspectos que tienen que ver con la profundidad nuestra, de nuestra vida aquí y ahora. Si se quiere, se trata de cómo vivimos la integración de la filosofía y la teología en un sentido existencial, en cuanto se juega nuestra fe, nuestra concepción de la búsqueda de la verdad, y hay que ver hasta qué punto todos estos elementos están presentes en nuestra enseñanza. Por todo ello, tratamos de ver esta última perspectiva vertical desde una mirada que podemos llamar “humanística” o “vital”, dando a entender que no se trata solamente de una integración intelectual, sino que tiene que incluir todos los aspectos del hombre real.

Nuestra preocupación, en definitiva, es ver en qué medida esa síntesis de nuestra ciencia con la filosofía y la teología encarnadas está presente en nosotros y en los estudiantes, o cómo vamos camino hacia la misma, en relación sobre todo con los problemas del mundo real de nuestro tiempo: ¿en qué medida vemos que nosotros y los estudiantes estamos abiertos a los problemas de la cultura contemporánea? ¿Cómo se juegan estas cuestiones morales, teológicas y filosóficas desde nuestro saber en el campo de acción que nos toca ocupar en nuestra sociedad? Se trata, en última instancia, de pensar la integración del saber no desde una perspectiva puramente epistemológica, sino desde una perspectiva también humanista, donde estén en un primer plano los problemas de la realidad del hombre actual.

Algo similar había sido planteado ya por Aldous Huxley, en la década del ‘30, en su obra *El fin y los medios*.¹⁹ Allí se plantea en un capítulo el problema de cómo hacer más liberal (hoy diríamos “más humanista”, opuesta a “profesionalista”) la educación técnica. Preguntándose cuál puede ser el principio de integración para un estudiante de ingeniería, respondía lo siguiente:

*“El hombre es el único tema que logra interesar a todos los hombres, cualesquiera sean sus tipos o el grado de sus inteligencias. El futuro ingeniero puede o no querer internarse profundamente en el estudio de las leyes del universo material, o puede no ser capaz de hacerlo. No será sin embargo nada difícil interesarlo en las cuestiones humanas. Es en consecuencia relacionando su educación técnica con cuestiones humanas como podrá llegarse mejor a liberalizarla. No implicaría ninguna dificultad el proceder a la integración de una cuestión técnica cualquiera, en un amplio conjunto de relaciones que estuviese contenido dentro de la estructura humana y ético-psicológica a que nos hemos referido. El curso técnico iría unido a un curso explicativo de los efectos de esta técnica, con relación al bien y al mal, al bienestar y al sufrimiento. Nuestro hipotético joven, no solamente aprendería a ser mecánico, sino también a comprender las distintas maneras en que las maquinarias afectan, han afectado y probablemente afectarán en el futuro la vida de los hombres y de las mujeres. Podría iniciarse con los efectos que las máquinas producen en el individuo [...] Podrían estudiarse, luego, los efectos sociales de más alcance, la transformación de los países tecnológicamente retardados, la destrucción de las antiguas corrientes comerciales, la creación de industrias nuevas. De esta manera y de otras parecidas podría crearse, en la inteligencia del estudiante, una red completa de relaciones. [...] Los técnicos podrían integrar el producto de sus experimentaciones y de sus conocimientos especiales, solamente con relación al universo material no humano, como con relación al mundo humano. [...] Al mismo estudiante técnico se le proporcionaría un gran caudal de conocimientos y un principio de integración.”*²⁰

¹⁹ 4^a ed., Sudamericana, Buenos Aires, 1955.

²⁰ *Ibid.*, p. 218.

Conclusión

Juan Pablo II nos recordaba que la misión propia de la universidad es la “diaconía de la verdad”, el servicio apasionado y desinteresado en la búsqueda y la transmisión de la verdad. La universidad católica debe ser una escuela de vida y de cultura, una escuela de saber y no una mera fábrica de títulos. Le presta una atención fundamental y primaria a la formación integral de la persona humana, que es anterior a su cualificación profesional. Esta formación integral significa, entre otras cosas, la apertura a una mayor interdisciplinaria. La Universidad es un lugar privilegiado, sea como observatorio o como fragua de ideas y proyectos, para ampliar los propios horizontes abriéndose a la totalidad del saber humano y, donde los estudiantes egresen con “un deseo más vehemente de actuar”, como proponía Huxley.²¹ Esta es la experiencia que debemos procurar transmitir a nuestros alumnos con nuestro humilde saber y nuestro más sincero testimonio de vida.

* * *

²¹ *Ibidem.*

TESTIMONIOS ²²

En el corazón de la universidad

Ángela G. de Bertolacci

Facultades de Filosofía y Letras, Psicología, Ciencias Sociales y Económicas

En este aniversario de la revista *Consonancias* me complace destacar que su presencia entre nosotros significa, en el corazón de la universidad, la memoria y la actualidad de lo esencial, en la vida de cada uno de nosotros, los profesores y los alumnos, sus miembros y protagonistas.

Memoria, porque los maestros fundadores de esta Universidad enseñaron y buscaron plasmar un proyecto de educación universitaria centrado en la integración del saber, tal como expresaron en los documentos fundacionales y en numerosas publicaciones entre las cuales se destaca el luminoso artículo que Monseñor Guillermo Blanco publicó en la revista *Sapientia* en el año 1977, trabajo que *Consonancias* citó en su mismo comienzo.

Actualidad, porque esta cuestión que excede el ámbito epistemológico es central, se ha desarrollado e interesa a cuantos, concientes del valor de la cultura y de la vida de las personas en ella, se sienten actores responsables. Esta relevancia y seguramente también las concretas experiencias en las universidades de la Iglesia, hicieron que el Papa Juan Pablo II en el año 1990 ofreciera la Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas, que son lugares, dice, donde las diversas disciplinas académicas, con sus métodos propios y en diálogo no sólo interdisciplinario sino también entre la fe y la razón, alcanzando las cuestiones éticas y teológicas, enriquecen el patrimonio del saber humano. Es que la búsqueda de la verdad del mundo y de la vida remite siempre a lo no inmediato, a los interrogantes que nos disponen y nos abren hasta el ámbito del misterio. El mismo Juan Pablo II ha insistido en este interés y este modo de acceso del hombre a la verdad.

¿Qué acontece en la universidad? Aquí, los jóvenes se encuentran con profesores y maestros cuya principal inquietud gira en torno a descubrir, comprender y comunicar lo esencial del humanismo, en un entramado de conocimientos y vínculos humanos entre los que la tensión entre el ser y el tener, el ver y el hacer, lo personal y lo social, la finitud y el sentido, la disponibilidad a las personas y a Dios van tomando cada día, cuanto más se avanza y se profundiza, mayor consistencia y centralidad. En esta hondura la integración de los saberes a través de la actividad de la investigación en común, del diálogo y en definitiva, de la vida misma compartida, se convierte en la esencia de la vida en la universidad; aquí la universidad encuentra y realiza su misión y su valor. Las cuestiones esenciales y fundantes aparecen en todas las disciplinas y en la interdisciplinariedad; permanentes y siempre actuales, emergen en todas las áreas académicas y constituyen como un impulso vital que hace significativos la investigación y los aprendizajes. En esta misma hondura de lo académico aparece y tiene su misión *Consonancias*. Ella va logrando sus objetivos, ejerciendo ejemplarmente su motivación y orientación para la confrontación y la cercanía a la cultura contemporánea, con espíritu de diálogo, mediante sus contenidos, presentación de experiencias, documentos, bibliografía, etc. Su permanente invitación es explícita: ofrecer en nuestros proyectos de investigación y docencia una visión integral y realista desde el interior de esta misma cultura,

²² Queremos agradecer a todos aquellos docentes que, desde las diversas unidades académicas, respondieron a la invitación que hicieramos a ofrecer un testimonio acerca de su encuentro con “Consonancias”. Hemos pensado que ese tipo de expresión, más libre, resultaba ser el más conveniente para esta ocasión.

con el privilegio- como expresó Juan Pablo II en *Ex Corde Ecclesiae*-, de poder unir existencialmente “la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad.”

Con criterio pedagógico se puede decir que se espera de nosotros, los profesores y los alumnos, la iniciativa y la participación en proyectos y procesos de enseñanza- aprendizaje centrados en la comunicación de verdades, valores y orientaciones para una vida lúcida, mediante un motivador liderazgo, enriquecido con acciones, palabras y gestos que aprecien la vida, la ciencia, la tecnología, la filosofía, el arte y la experiencia religiosa.

*

El carácter sinfónico de la verdad

Marcelo Resico

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas

Queridos amigos de *Consonancias*, es para mi muy grato enviarles estos comentarios en conmemoración y saludos por sus primeros cinco años de vida. Desde un principio, me ha parecido oportuna y feliz la aparición de esta publicación dedicada a tratar temas importantes, profundos y actuales, centrada especialmente en la búsqueda de la integración del saber.

Un primer dato alentador fue su atinado título de “*Consonancias*,” o “sonar con,” lo que interpreté siempre como una afirmación del carácter sinfónico de la verdad (como ha escrito von Balthasar) y al mismo tiempo del modo dialógico o compartido del acceso a la misma, ya sea desde el punto de vista de los sujetos, como desde el punto de vista de las disciplinas. Este camino de diálogo, desde mi punto de vista, no hace sino remontarse a la propia raíz del saber que por ejemplo en el banquete platónico ya era concebido como serie hilvanada de discursos que ascienden a la verdad, el bien y la belleza, no sólo a través de la afirmación sino también del contraste y la complementación. No es casual entonces que se denominara a esta búsqueda, “*dia-léctica*”, y a la situación de esta búsqueda, “convivio”.

En mi opinión la publicación en concreto ha alcanzado a responder a la vocación a la que alude su nombre. Es así que se han producido números para mi memorables, como por ejemplo “En torno al diálogo Habermas-Ratzinger,” (Año 4, No.13, Septiembre 2005), importantísimo no sólo por el nivel de los representantes sino porque en él se indaga acerca de una de las cuestiones centrales de la sociedad actual como es el fundamento de la democracia pluralista moderna. Allí podemos ver cómo partiendo de perspectivas diferentes se produce una tendencia a la confluencia en cuanto a que la última sustentación de la democracia proviene de un sustrato valorativo previo.

Otro número que recuerdo especialmente fue “La relevancia del diálogo de la teología con las ciencias” (Año 5 No.16, Junio 2006) donde el Ing. Jorge Papanicolau expone con mucha claridad temas verdaderamente complejos. Entre otros quedan de manifiesto, por momentos a través de bellísimas expresiones, la sintonía entre la pasión de la búsqueda científica y la mística religiosa; la idea que impulsa a realizar una síntesis entre los aportes de las ciencias modernas y los contenidos de la fe, fecunda para los que se dedican a la vida Universitaria. Muy interesantes son asimismo los desarrollos de la física y la cosmología actuales en cuanto a la creación y a “las cosas últimas” que uno siempre lee con gozo y esperanza.

Por último me gustaría mencionar el número referido a “Medio Oriente y Occidente: temores recíprocos” (Año 6, No.19, Marzo 2007) en el que se aborda el delicado tema de las bases

culturales, históricas y teológicas de la relación entre el mundo musulmán y occidente. En este caso los medulosos artículos del Embajador Luis Mendiola y del Dr. Alejandro Lamberti ponen de manifiesto de manera lúcida y convincente las diversas aristas del problema identificando algunas puertas abiertas para la resolución pacífica de la cuestión.

Es así, agradeciendo lo recibido, como les elevo mi saludo en este aniversario deseando para *Consonancias* la vitalidad de la búsqueda de la verdad que expresó San Agustín en su famosa frase: “busquemos como buscan los que aún no han encontrado, y encontremos como encuentran los que aún han de buscar.”

*

Comunicación y humanismo

Mariano Ure

Instituto de Comunicación Social, Periodismo y Publicidad

El abanico de temáticas tratadas hasta ahora en los números de *Consonancias* no incluyó explícitamente cuestiones propias de las ciencias de la comunicación. A pesar de ello, la propuesta por un saber que esté más y mejor integrado carga con el mérito de servir como estímulo a reflexiones que difícilmente surgirían en el seno de la propia disciplina. El n. 20, “A cuarenta años de *Populorum Progressio*”, es sumamente interesante. Allí, el Lic. Horacio García Bossio establece la génesis del concepto de desarrollo, contextualiza el intento de desmitificar el progreso entendido exclusivamente en términos económicos que significó la encíclica, y, finalmente, subraya su vigencia y los desafíos pendientes para lograr un desarrollo humano integral. En efecto, ya transcurridas cuatro décadas de aquel documento del pontificado de Pablo VI, el debate sigue siendo actual y urgente.

En este marco es oportuno comenzar a preguntarse acerca del rol de la comunicación para un desarrollo humanista. Por lo general la comunicación no es considerada como un sector independiente y prioritario, sino más bien como mera herramienta para lograr avances en otras áreas del desarrollo (educación, ciencia, cultura, medio ambiente, etc.). No es casual que el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, elaborado por el Pontificio Consejo Justicia y Paz en 2005, sólo mencione tangencialmente a los medios de comunicación. El sistema de Naciones Unidas, sin embargo, desde hace ya más de dos décadas se esfuerza por introducir la comunicación como ámbito específico de desarrollo. Actualmente, la UNESCO y la FAO son las abanderadas de lo que se denomina “comunicación para el desarrollo”, cuyo propósito consiste en “dar voz a las personas afectadas por los problemas del desarrollo, permitiéndoles participar directamente en la identificación e implementación de las soluciones” (véase: www.devcomm.org). En esta línea, el horizonte ético-político de la inclusión social adquiere realidad *en y por* la comunicación, y no únicamente en base al nivel de ingresos. Los programas lanzados por estas organizaciones jerarquizan la comunicación, convirtiéndola en un área específica de trabajo. Para que la cobertura mediática contribuya efectivamente en un desarrollo con inclusión y en la consolidación de la democracia, es necesario avanzar simultáneamente en el “desarrollo de la comunicación”. Esto implica el fortalecimiento del sistema de medios públicos, la producción de contenidos para el cambio social, el acceso a las nuevas tecnologías de la comunicación, la protección de la competencia, la libertad de prensa y el pluralismo de contenidos.

En este campo las organizaciones internacionales llevan la delantera. De hecho, es cierto que la configuración del sistema de medios, la calidad de la información y la posibilidad de acceso

a ella, repercuten fuertemente en las posibilidades de participación ciudadana y, con ello, en las condiciones del desarrollo humano. Un proyecto de país que incluya a todos no puede omitir la planificación de políticas de comunicación de largo plazo. Además de la educación, la salud, el empleo, la vivienda, el medio ambiente, la justicia, la reforma política y la economía, también es prioritaria la comunicación, sobre todo por la enorme capacidad de influir en los procesos cognitivo-comportamentales de los ciudadanos que la caracteriza. En la Argentina el debate está aún pendiente, y es importante que la Iglesia lo haga propio. Siendo maestra en humanidad, sus aportes serán sin duda relevantes.

*

Fiesta, trabajo y pensamiento científico

Carlos Hoevel

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas

Varios números de *Consonancias* han destacado la importancia de la experiencia festiva, gozosa y estética de la vida como una de las condiciones para el comienzo del auténtico pensamiento. Un buen ejemplo es el interesante artículo de Carlos Taubenschlag “Itinerario formativo y dimensión lúdica. Un aporte antropológico para optimizar la formación de los estudiantes.”²³ Allí se habla acerca de la importancia de la vivencia lúdica y estética en momentos clave del pensamiento como la contemplación, la creatividad o el impulso investigador. También el aspecto festivo del pensar aparece, quizás con más profundidad que en el texto anterior, en “Aportes para un itinerario formativo.”²⁴ En ese sabroso artículo se propone un camino alternativo al de una Universidad utilitarista encerrada en el lenguaje abstracto y desvitalizado de las ciencias. Dicha vía comenzaría ante todo, según el autor, por el levantamiento de la “censura de las experiencias profundas de la vida” y, a partir de allí, implicaría “retroceder a la raíz profunda que estaría olvidada.”²⁵ Para lograrlo, el pensamiento debe omitir por un momento su andamiaje conceptual y abrirse a los “lenguajes originarios” que, en buena terminología heideggeriana, serían “los lenguajes del mito, de la literatura, de la poesía y del arte en general.” En una palabra, el presupuesto básico del pensar estaría en recuperar lo humano que se presenta de modo abierto y propio en el lenguaje estético y vital. Acompañando a esa experiencia, estaría también la reflexión filosófica y teológica que no sería sino una prolongación, en el plano de la racionalidad consciente, de la experiencia originaria de celebración de la vida que rompe los límites de todo pensamiento especializado.²⁶

En contraste con esto, otro número de *Consonancias* parece ir en dirección opuesta. Es el caso de “La crisis social en la Argentina: una experiencia de investigación interdisciplinar” de Agustín Salvia. Se trata de un texto en que el investigador ensaya un relato de su propio itinerario al frente de una investigación colectiva interdisciplinar. Allí, el énfasis no está en el pensamiento como fiesta o como celebración de la vida sino como trabajo. De hecho, el primer paso de la investigación es presentado mediante una metáfora típicamente laboral como es la de la “construcción del objeto”, justificándose las preguntas iniciales del pensar sobre la base de un “mandato académico”²⁷ y proponiéndose como actitud primera el esfuerzo en “aplicar modelos.” El pensamiento no se iniciaría así a partir de una inmersión distendida

²³ *Consonancias*, Año 5, Número 15, pp. 3-22.

²⁴ *Consonancias*, Año 3, Número 10.

²⁵ *Ibid.*, p. 6.

²⁶ Un buen ejemplo de reflexión de este tipo se ve en el interesantísimo número “Consonancias Mozartianas.”

²⁷ *Consonancias*, Año 4, Número 12, pp. 4-5.

en el fondo de la propia vitalidad, sino desde un *deber ser* marcado por la “necesidad metodológica” de incluir *a priori* toda experiencia dentro de la matriz epistemológica de los “sistemas complejos.”²⁸ Por lo demás, filosofía y teología, lejos de ayudar a mostrar los límites de las ciencias y colaborar con ellas a abrirse a la vida, son reducidas a operarias especializadas dentro del sistema utilitario de división del trabajo científico: “En ese sentido – nos dice el autor– su inclusión en un programa de investigación con objetivos interdisciplinarios no debería pasar por concederle a tales fuentes del conocimiento una particular capacidad de integración de saberes –dada su supuesta distancia a una determinada especialización o comunidad científica–, sino por contribuciones particulares a partir de las cuales se ponga a prueba la utilidad que pueden tener tales saberes para la comprensión de un problema complejo.”²⁹

Ante estos dos ejemplos opuestos, la pregunta que se presenta es si es posible concebir hoy un pensamiento científico capaz de reconciliar fiesta y trabajo. ¿O es acaso el pensar entendido como apertura contemplativa y celebratoria del ser un privilegio del arte, la filosofía y la teología como formas supremas de reflexión sobre la vida? ¿Qué papel puede tener el pensar festivo en la ciencia si ésta última se reduce a ser un programa de trabajo hecho por encargo? Y una vez despojada la ciencia de toda dimensión festiva, ¿no queda entonces únicamente aquel terrible “die Wissenschaft denkt nicht” (“la ciencia no piensa”) pronunciado por Heidegger en Friburgo?

Como lo revelan otros números de *Consonancias*, el exilio en la superficie puramente utilitaria y laboral de la vida no parece ser, sin embargo, el único destino posible para las ciencias. En artículos como “La relevancia del diálogo de la teología con las ciencias”, “El itinerario formativo en torno a las ciencias duras” o “Las variedades de la integración del saber,” por sólo nombrar algunos, se proponen caminos para que las ciencias, liberadas de imperativos categóricos y de mandatos sociales, se abran a lo humano, a la experiencia vital y al sentido del ser. En esos textos es posible comenzar a escuchar las “consonancias” entre el ruido de los martillos y los cantos festivos, incluso en el taller de las ciencias.

*

Un acercamiento a lo Absoluto

Lic. Nilda G. Vineis
Facultad de Artes y Ciencias Musicales

Dado que me desempeño como profesora de Historia de la Música, fue para mí una grata sorpresa descubrir el contenido del número de diciembre de 2006 de “Consonancias” el cual, dedicado a Wolfgang Amadeus Mozart, representaba la unión de esa publicación a las manifestaciones conmemorativas del 250º aniversario del nacimiento del genio de Salzburgo, reuniendo una serie de artículos de especial interés ya que, respondiendo a la premisa fundamental de la revista cuyo objetivo es la integración del saber, los mismos abordan, desde diversos ángulos, la relación entre la fe cristiana y la música de dicho compositor.

Tales artículos no están pensados, como sucede en la mayoría de los casos con aquellos destinados a músicos, desde el punto de vista del análisis musical, de la crítica, o de la cronología biográfica, sino que o bien se dedican a recoger experiencias personales o brindan

²⁸ *Consonancias*, Año 4, Número 12, p. 9.

²⁹ *Consonancias*, Año 4, Número 12, p. 6, nota 4.

un ángulo de consideración que ubica en primer plano el mensaje de la obra y no la técnica compositiva o el significado estilístico. Es por ello, y aunque parezca paradójico, que presentan un interés muy especial para los estudiosos de la música ya que, al abordar el trabajo de un compositor teniendo en cuenta principalmente la relación de su música con la profesión de fe e incluso aludiendo a la manera en que la audición de tales obras puede acercar a las personas a Dios, permiten incursionar en un elemento de la música que casi siempre es o ignorado o francamente menospreciado.

En aras del deseo de dar un apoyo lo más racional posible a las ideas, hay quienes se olvidan que las explicaciones más simples son casi siempre las que más se aproximan a la Verdad; la musicología tradicional a veces ha dejado de lado o no ha tomado demasiado en consideración el hecho de que la emoción que produce una obra de arte penetra en quien la percibe y modifica su interior en ciertas situaciones con mayor intensidad que aquellos conocimientos que se obtienen mediante el estudio objetivo de determinado fenómeno. Como muchos filósofos han puntualizado, la música tiene el poder de conmover el alma y que ese sentimiento se transforme en un acercamiento a lo Absoluto, no debería llamar la atención.

Por otra parte, cabe recordar, aunque resulte obvio, el hecho de que en la manera en la cual cada audiencia recibe e internaliza un determinado mensaje intervienen factores que modifican la recepción del mismo y que se relacionan principalmente con la época, el lugar geográfico, el entorno socio cultural en el cual tenga lugar la experiencia musical, etc., dado que dichos elementos resultan fundamentales en la elaboración del paradigma cultural al cual el oyente responderá con sus actitudes y reacciones, por lo que cualquier conclusión que pretendiera ser definitiva al respecto estaría necesariamente condenada al fracaso.

Se podría discutir durante horas acerca de si acrecentar o despertar la fe mediante la música fue o no la intención de Mozart al escribir tal o cual obra. Pero ello no constituiría más que un cúmulo de palabras inútiles: las intenciones de quienes escriben música no quedan consignadas en el pentagrama y la música no necesariamente refleja el credo o la moral de quien la compone. Allí radica precisamente el misterio: la obra trasciende la personalidad de quien la escribe y el efecto que la misma produce en los seres sensibles a ella es superior a cualquier experiencia que pueda explicarse con palabras y, por eso mismo, es posible que se encuentre muy próxima a la Verdad.

*

Pensando en voz alta con ocasión del aniversario de *Consonancias*

Carlos Alfredo Taubenschlag
Facultades de Filosofía y Letras, Psicología y Teología

Me parece que el quinto aniversario de la publicación de *Consonancias* está siendo vivido por nuestra comunidad educativa de maneras muy diferentes. Para la gente del IPIS es evidentemente un motivo de alegría haber mantenido esta publicación de calidad a lo largo de cinco años, conservando la periodicidad de las entregas y un cierto nivel de excelencia en los contenidos; esto hace de la revista un recurso idóneo para la formación permanente de los docentes e investigadores de la UCA. Incluso hay que destacar los aspectos de la calidad de la diagramación y de la edición, que se han podido mantener y mejorar.

Para los que no formamos parte del IPIS y leemos la revista (e incluso la hemos podido utilizar como material didáctico), este aniversario es ocasión para agradecer a los miembros

del Instituto por el esfuerzo realizado, y para animarlos a continuar en la tarea, sabiendo que no todos los números tendrán una aceptación “universal”. Tratándose, en efecto, de una publicación que reflexiona y hace reflexionar sobre la integración de los saberes y sobre el modo de realizarla prácticamente en las aulas de la UCA y en la cultura argentina, con proyección global, la revista misma vive la tensión entre unidad y diversidad, entre lo mismo y lo diferente, entre lo conocido y lo desconocido. Y no se queda en los “saberes”, sino que está abierta a la praxis.

Cada número es como una ventana que mira hacia aspectos de lo otro y de los otros que nos interpelan: algunas veces son aspectos que están dentro del campo propio del docente, y muchas veces no tienen nada que ver. Y este “no tener nada que ver” es decisivo a la hora de la integración: todos los temas que se investigan y se enseñan tienen que ver entre sí en una verdadera comunidad universitaria... ¿o es que nos faltaba conciencia de tal y la revista nos está ayudando a tomar un poco más de conciencia del asunto?

El sentido de hacer más patente la unidad de los saberes hace necesario que los distintos números se refieran a dimensiones que en un primer acercamiento “empírico” parecen aislados o indiferentes con respecto a la propia ciencia; pero que desde un acercamiento “trans-empírico” (o metafísico) se descubren como riqueza de elementos en la unidad del proyecto educativo de la UCA.

Que el proyecto original de los *Cursos de Cultura Católica* con las sucesivas reformulaciones y los proyectos de Mons. Octavio Nicolás Derisi y del grupo que lo acompañó en la gesta fundacional estén presentes hoy en cada aula, no depende sólo del Rector, ni siquiera de los Decanos y sus Consejeros, sino del compromiso de todos y cada uno de los docentes en particular.

Para vivir mejor este compromiso de actualización-investigación y de docencia con la Institución de la que formamos parte viviente, es importante que alguien de la Universidad – que algunos miembros de la Universidad–, nos hagan acordar cada tres meses que formamos una misma comunidad de profesores y de alumnos que buscan el saber, y un saber unificado, integrado orgánicamente gracias a la inspiración de la filosofía cristiana o de la sabiduría cristiana, sin entrar en la discusión académica de los términos. Es importante que se nos proponga un ritmo de trabajo, es importante que se nos imponga la tarea de actualizarnos y de integrar en la docencia los aspectos que vamos descubriendo en la investigación, en función del bien común de esta comunidad universitaria católica argentina, como miembros de un mismo cuerpo. Esto vale también para aquellos temas que en principio pueden parecer totalmente ajenos a nuestras programaciones anuales, o a los objetivos que como docentes proponemos año a año al comenzar el ciclo lectivo. Los *seminarios inter-cátedras*, las conferencias, los talleres, las visitas guiadas, las exposiciones y conciertos y tantas actividades académicas afines son muy significativas en este sentido. Basta mirar la periódica agenda de actividades de *UCA Actualidad* para hacerse una idea de la variedad y calidad de las propuestas.

No creo ser el único que ha tenido que hacer un esfuerzo para sentarse a leer algún artículo de *Consonancias*, por lo ajeno del tema o por la complejidad del argumento... Pero creo que vale la pena el esfuerzo, porque evita que nos encerremos en “nuestros” saberes particulares y nos ayuda a mirarlos y a mirarnos desde la unidad. Me parece que el estilo del reciente

*Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*³⁰ puede ser una fuente de inspiración para una actualizada integración de los saberes y de la praxis que evita el encierro en la propia disciplina.

Frente a la fragmentación del modelo global, nuestro esfuerzo por la integración es una diaconía de la unidad. Frente a la superficialidad del modelo global, nuestro esfuerzo por la búsqueda del fundamento es una diaconía de la profundidad.

La formación de nuestros alumnos (que está presuponiendo básicamente la nuestra), es formación de personalidades maduras, ricas e integradas en cada uno de ellos, respetando la singularidad de cada uno y de cada una. A lo largo de cinco años aproximadamente –me refiero a la duración de las carreras, lamentablemente recortadas y reducidas a cuatro años en algunos casos “por exigencias del sistema”–, tratamos de poner a los alumnos en contacto con los panoramas principales de la carrera que han elegido, y de la bibliografía básica que pueden consultar, para iniciarlos, según los casos, en temas enormemente dispares. Basten algunos ejemplos recordados al azar: generar un espacio televisivo –que ya ha recibido reconocimiento internacional–, criar caballos de carrera, participar en Expoagro, desarrollar una estación meteorológica o publicar reflexiones teológicas y filosóficas de alto nivel, en diálogo con las corrientes contemporáneas, desde una perspectiva básicamente tomista –en el horizonte de comprensión que Mons. Derisi dio a la expresión, y según su uso ampliado en *Fides et ratio* de S.S. Juan Pablo II.

No vale la pena ampliar en este breve espacio el planteo sobrenatural de las distintas vocaciones laicales y consagradas en la construcción de un mundo más verdaderamente humano, con la ayuda de la gracia santificante, como cooperadores de Dios en un proyecto de salvación que tiene a Jesucristo por Señor de la historia, en la línea de tantos documentos del Vaticano II (aún hoy ignorado) y del Magisterio posterior. Eso lo conocemos y ya se ha escrito mucho y bien sobre el asunto. El reciente documento del ICEU sobre la revisión del ciclo de formación humanista cristiana en nuestros planes de estudio es un buen ejemplo de ello³¹.

Creo que con el tiempo *Consonancias* podrá contarse con pleno derecho entre las “valiosas publicaciones” de la UCA a las que se refería Mons. Derisi hace treinta años, cuando escribía con ocasión del centenario de *Aeterni Patris* (4-8-1879): “La República Argentina, que sin duda va a la vanguardia de las diversas manifestaciones humanistas del espíritu en América Latina, también está a la cabeza del tomismo en todo el continente y en el mundo, tanto por sus valiosas publicaciones como por el gran número de Profesores y estudiosos, que se dedican a la investigación y docencia de la Filosofía de Santo Tomás”³². Encomiendo a Santa María de los Buenos Aires la revista *Consonancias* y todos los actuales proyectos de la UCA, junto con los investigadores y docentes que los llevan a cabo.

*

Una relación estrecha entre la Fe y la Ciencia

Laura C. Bezzola
Facultad de Ciencias Agrarias

³⁰ Pontificio Consejo Justicia y Paz (Libreria Editrice Vaticana 2005).

³¹ Instituto de Cultura y Extensión Universitaria de la UCA, mayo 2007.

³² DERISI Octavio Nicolás. *Estudios de Metafísica y Gnoseología*. EDUCA (Buenos Aires 1985) T. II, XXXV.

La Revista *Consonancias*, Boletín trimestral del Instituto para la Integración del Saber, ha abordado, desde el inicio de su publicación, con mucha profundidad, temas que hacen a la multidisciplinariedad, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, relacionando desde diversos enfoques las diferentes disciplinas y saberes.

Es de destacar en sus primeras publicaciones la analogía de la investigación, la integración del Saber y la interdisciplinariedad. En ellas se propone un análisis sobre la importancia y la necesidad de esta última para la resolución satisfactoria de los actuales problemas científicos y sus derivaciones tecnológicas, económicas y sociales que superan al especialismo. Dentro de la terminología que define el concepto destaca lo siguiente: “La interdisciplinariedad es un modo de construir capacidades reflexivas y críticas para una mejor aplicación del conocimiento científico” lo que condice con lo expresado por la Constitución Apostólica “*Ex Corde Ecclesiae*”.

Más adelante, en el N° 4, y a modo de conclusión, a partir de la Constitución Apostólica, se afirma que la investigación implica la búsqueda de la Verdad, y la educación, la transmisión de la misma; y esto no debe hacerse de forma parcial ni fragmentada sino de modo que los saberes se articulen unos con otros y, lo que es fundamental, que estén insertos en la realidad en que vivimos y nos toca actuar.

Citando a Erwin Schrödinger, en su discurso en el Dublin Institute for Advance Studies, aparece con gran relevancia su reflexión sobre el saber, cuando dice: “El saber aislado, obtenido por un grupo de especialistas en un campo estrecho, no tiene en sí mismo valor alguno”. En otra parte de su discurso afirma que “la especialización no es una virtud sino un mal ineludible y que toda investigación especializada tiene valor en el contexto de la totalidad integrada del saber.”

A partir de estas reflexiones se puede concluir que la revista cumple ampliamente con el objetivo para el cual fue creada: “Abordar un diálogo entre teólogos, filósofos y científicos” lo que logra una relación estrecha entre la Fe y la Ciencia.

*

Un acontecimiento mirando otro acontecimiento

Gabriel Limodio
Facultad de Derecho

Se escriben estas líneas como lector de *Consonancias*, sin más pretensión que referirse al acontecimiento de su aniversario.

La primera reflexión es el reconocimiento a un itinerario que no tiene pretensiones de ser excluyente, sino que va incorporando distintas maneras de mostrar la integración de los saberes teniendo como documento de referencia la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*.

La segunda reflexión es observar esta lectura de la integración del saber en el marco de la “cultura de la vida”. El editorial del número 2 señala, entre otras ideas, que la cultura en cuanto tal, va adquiriendo la impronta de lo fragmentario y unidimensional generando una visión reductiva de lo humano que, a través de pasos progresivos conduce al desenlace de la

deshumanización. En esa inteligencia la integración del saber y la interdisciplinariedad adquieren vital importancia.³³

Dentro de esta misma reflexión cabe destacar la integración que se denomina “vertical”, no en el sentido de una integración impuesta, sino asociada más bien al concepto de profundidad, es decir la integración que se da en la profundidad del conocimiento, allí se involucra con la mirada “horizontal” de las disciplinas y allí es donde éstas no pueden responder desde ellas mismas y se abren a la ética, al arte, a la filosofía, a la teología. Se ha dicho, desde las páginas de la revista y en actividades del Instituto, que emergen cuestiones en las que se pone en juego la fe vivida y nuestra concepción de la búsqueda de la verdad. Allí aparece la mirada humanista o existencial, dando a entender que no se trata solamente de una integración vertical, sino que incluye todos los aspectos del hombre real, en función de una cultura humana del hombre y para el hombre.³⁴

Una tercera reflexión, que no necesariamente se resuelve en las páginas de la revista, pero ésta la supone, es la solución del desafío de compatibilizar las exigencias de un alumnado que mayoritariamente concurre a la universidad para buscar un título, con las intenciones de la Universidad Católica que quiere ser fiel a su misión de transmitir una formación humanista, integral y cristiana. Así el número del mes de diciembre de 2004 se pregunta como resolver la cuestión, sin caer en soluciones triviales.³⁵ Por otra parte, y dentro de la misma cuestión, surge la pregunta si una visión distinta a la “profesional” no debe ser tachada de utópica, y la respuesta dada desde las páginas de la revista es que la utopía puede tomarse como un umbral de lo verdaderamente real.³⁶

Quizá un principio de solución al conflicto que ha quedado planteado lo ofrezca la misma revista cuando señala que suelen llamarse “académicos” a muchos modelos de universidad que dándole absoluta prioridad a la investigación orientan la misma solamente hacia aquellas áreas donde existe financiación o mayor demanda, con lo cual siguen siendo “una escuela de maestros” que ya no buscan la verdad.

Quizá la solución pueda encontrarse en la misma *ECE* cuando el Pontífice dice “nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la verdad suprema, que es Dios” (*ECE* 4).³⁷

Por fin, y como última reflexión, si ha de hacerse referencia a un número de la revista, es del caso destacar el de setiembre de 2005, en el cual aparece un ejemplo lúcido de lo que significa el diálogo entre la fe y la filosofía, estructurado por el encuentro entre Jürgen Habermas y el entonces Cardenal Joseph Ratzinger en Munich y que tuvo lugar el 19 de enero de 2004. Un ejemplo de apertura mental e inteligencia que fuera calificado como “acontecimiento” tal como lo dijera Monseñor Briancesco. Por esto último es que se tituló a estas líneas de la forma en que se lo hizo .

³³ Nro. 2 pag. 2.

³⁴ Documento elaborado con motivo de la reunión de decanos de fecha 11 y 18 de abril de 2007.

³⁵ Ver editorial pags. 1 y 2.

³⁶ Nro. 10 pag. 3 y 4

³⁷ Ver nota de la página 3 del Nro. 14.

Este número ahonda en otros trabajos presentados por los interlocutores y permite una acercamiento al pensamiento de ambos y a la razón por la cual se presentan al diálogo. Por fin dicho número también incluye un documentado trabajo del Dr. Papanicolau sobre el recorrido histórico del diálogo de la Iglesia con el mundo moderno. Este artículo de alguna manera no sólo compendia el sentido del diálogo, sino que también se inscribe en una tensión que ha sido muy profunda dentro de la Iglesia para definir claramente cuales son los contornos del diálogo. El trabajo en cuestión, más allá que se compartan sus conclusiones, resulta académicamente honesto en cuanto despojado de cualquier tipo de intención ideológica, como debe ser, por otra parte.

Quizá dicho número, por los temas que abarca, sea el que muestra con profundidad intelectual cual es la manera de abordar el diálogo no sólo entre los saberes sino también por la dialéctica entre el creyente y el no creyente, y sobre todo el mundo moderno. Tomando las cuestiones que propone el Dr. Papanicolau y el sugerente título de “Breve recorrido histórico del diálogo de la Iglesia con el mundo moderno: del *Syllabus* al Concilio Vaticano II” quizás ayude para indagar sobre estas cuestiones el recuerdo del entonces perito Joseph Ratzinger, quien fuera consejero teológico principal del Cardenal Frings cuando al referirse al inicio del Concilio en un libro sobre su vida dice: “la fe debía volver a hablar a este tiempo de un modo nuevo, manteniendo plenamente la identidad de sus contenidos y, después de un período en el cual nos habíamos preocupado por hacer definiciones quedándonos en posturas defensivas, no se debía condenar más, sino usar la medicina de la misericordia...”³⁸

En suma, como lector de *Consonancias*, me adhiero a su nuevo aniversario, valorando su aporte que es presentar permanentemente cuestiones que muestran lo que es la integración de los saberes. Quizá dos recientes discursos del Santo Padre, uno en la Universidad de Pavía y otro en la Universidad Lateranense puedan iluminar el itinerario. Así decía hace pocas semanas Benedicto XVI: “sólo poniendo en el centro a la persona y valorando el diálogo y las relaciones interpersonales se puede superar la fragmentación de las disciplinas derivada de la especialización y recuperar la perspectiva unitaria del saber. Las disciplinas tienden naturalmente, y con razón, a la especialización, mientras que la persona necesita unidad y síntesis”.³⁹ Por fin dirigiéndose a los profesores universitarios y su misión de investigar la verdad decía: “Poner en el centro el tema de la verdad no es un acto meramente especulativo, restringido a un pequeño círculo de pensadores, al contrario, es una cuestión vital para dar profunda identidad a la vida personal y suscitar la responsabilidad en las relaciones sociales. De hecho, si no se plantea el interrogante sobre la verdad y no se admite que cada persona tiene la posibilidad concreta de alcanzarla, la vida acaba por reducirse a un abanico de hipótesis sin referencias ciertas”.⁴⁰

*

Un espacio de reflexión y sosiego

Enrique Aguilar

Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales

Desde su aparición, en septiembre de 2002, *Consonancias* quiso hacer honor a un título en el que viene a cifrarse el propósito fundacional que guió a sus editores y que es el mismo que

³⁸ Ratzinger Joseph “Mi vida Recuerdos –1927-1977” Ed. Encuentro Madrid 1997, pag. 98. Título original: *Aus meinem Leben Erinnerung 1927-1977*.

³⁹ Benedicto XVI Discurso al mundo de la cultura en la Universidad de Pavía, 22 de abril 2007.

⁴⁰ Benedicto XVI Discurso durante la visita a la Pontificia Universidad Lateranense, 22 de octubre de 2006.

anima, en general, la labor del IPIS: la creación de “una armonía de saberes a través del diálogo”.

Se trata de un enunciado que afecta directamente a la identidad de la universidad. Quiero decir que los objetivos del IPIS, que hacen a la integración del saber tanto en un plano *horizontal* (o interdisciplinario) como *vertical* (resultante éste de la apertura de cada disciplina a la ética, la filosofía y la teología), se identifican por definición con una universidad que privilegia la búsqueda desinteresada de la verdad por sobre la sola enseñanza de las profesiones o el conocimiento aplicado.

¿Son estos fines mutuamente excluyentes? Entiendo que no. Más aún, lo ideal sería que ambos, de la mano de la investigación científica, convivieran en toda universidad. Empero, como se afirma en *Ex Corde Ecclesiae*, una universidad católica, sin desatender la formación profesional, “se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios”. De ahí la relevancia de un ámbito como el IPIS y de lo que podría considerarse su órgano de expresión, *Consonancias*, los cuales, bajo esa inspiración, contribuyen a promover un diálogo por demás enriquecedor entre disciplinas que, de otro modo, quedarían meramente yuxtapuestas cuando no delimitadas por fronteras artificiales. A este respecto, el artículo de Néstor Corona titulado “Universidad: vida, sentido, institución” (*Consonancias* 7, marzo de 2004), resulta sumamente aleccionador.

De factura y estilo siempre impecables, *Consonancias* es para mí un espacio de reflexión y sosiego. Se comprende, pues, que sea ésta la misma impresión que me llevo de los frecuentes encuentros (con infaltables café y medialunas) que el IPIS mantiene con las unidades académicas de la UCA.

*